

# COMENTARIO A UNA PÁGINA SOBRE GRECIA DE VALLE INCLÁN \*

Por PILAR LEÓN ALONSO

*La edad de oro amanecía, y los griegos, divinos pastores, contemplaban aún las pálidas estrellas. Era en el silencio de las majadas, sobre las colinas con olivos, entre los perros vigilantes. Sus almas se revelaron con la aurora; aquellos cabreros tenían los ojos soberanos de las águilas y todas sus instituciones las arrancaron a la celeste entraña del Sol. Los bosques de sagrados senderos, los arroyos claros, las grutas de donde vuelan en los ocasos los pájaros de largas alas, la sombra de los laureles, las playas lejanas y doradas, con el mar azul, fueron los pobladores de sus almas. Con ojos maravillados bajo la luz, recibían todas las imágenes como especies eucarísticas, y eran tantas y tan diversas las imágenes, que en ellas se cifraban las normas de todo el conocimiento. El sentir de los griegos fue hijo del mar y del cielo, de las colinas con olivares y viñedos, y de las serranías con rebaños, de los bosques con genios y de la lujuria de las formas. La varia emoción que iban devanando los ojos por los agrios caminos dio agilidad a los cuerpos y a las mentes. No recibían el conocimiento del mundo como una herencia fría en la urna de las palabras, manera de entender siempre larga, oscura, cronológica y crasa. Para aquellos pastores las ideas significaban números y formas bajo el ritmo del Sol. Cuando se reposaban en las alturas mirando al fondo de*

\* Disertación leída en la Academia el día 31 de octubre de 1997.

*los valles arados, verdes, intensos, experimentaban la emoción mística de la suma. Aquellos pastores arcádicos gozaron el éxtasis panida desde las crestas donde trisca el macho cabrío. Lo que habían aprendido de una manera semoviente era gozado en quietud. El conocer cronológico se hacía estático, y las almas se despojaban de la memoria como de la tela del tiempo, para aprender por el divino camino del Sol. Fue después bajo el cielo latino, cuando los poetas, guiados por el hilo de las palabras, tal como sonaban en la pauta griega, quisieron revelar el secreto de un mundo que no sabían ver. Nació entonces el arte bajo el remedo clásico. Pero aquellos hombres místicos, después de arar el pardo regazo de la llanura, de conocer uno a uno sus senderos, como largos relatos, se hacían cetro y conciencia de visión sobre las cumbres. Y cada noche estrellada, reunidos en torno de las hogueras, sintiendo el vaho de los rebaños dormidos, era el goce de recordar las imágenes del día, y hacerlas revivir en el relato de los más ancianos. Y fue un ciego cantor, para quien la noche parecía eterna, quien primero en la música de las palabras hizo arder la corona del Sol.*

## IX

*El Padre Homero pudo llamar a sus versos con un nombre de flor: helio-tropos*

Excmo. Sr. Director,  
 Excmos. Sres. Académicos,  
 Sras. y Sres.:

Es mi deseo desde un primer momento hacer constar las verdaderas razones que hasta aquí me han traído, que no son otras que la afabilidad y benevolencia demostradas hacia mi persona por esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, así como el afecto y la amistad con que siempre me han distinguido los Excmos. Sres. Académicos D. José Acedo Castilla, D. Alberto Díaz

Tejera y D. Jacobo Cortines Torres. *Primum mobile* ha sido el interés cargado de afecto que en mi nombramiento como miembro correspondiente de esta Real Academia y en la celebración de este acto ha puesto el Excmo. Sr. D. José Acedo Castilla, a cuyo afecto correspondo haciéndolo extensivo a su familia desde una amistad, que remonta a la infancia, con su hija M<sup>a</sup> Teresa. Quede dicho, asimismo, que a tomar la palabra en esta breve salutación, que no discurso, me mueve únicamente el agradecimiento a esta Real Academia, a su Director y a los señores académicos antes mencionados.

Sea mi primera muestra de gratitud liberar lo antes posible a VV.EE. y a todos Vds., Sras. y Sres., de la obligación de escucharme. Me limitaré para ello a comentar brevemente lo que me sugiere la lectura de un texto precioso de Valle-Inclán, una página sobre Grecia entresacada de *La Lámpara Maravillosa*<sup>1</sup>. Siempre me ha parecido que hay en esta obra algo de libro de horas, de devocionario indiscutiblemente profano, pero cargado de intensa espiritualidad. A esta impresión no es ajeno el hecho de que Valle-Inclán la titulara «Ejercicios espirituales», designación peregrina si se considera lo mucho que hay en dicha obra de exaltación del paganismo, pero acorde con el espíritu de proceso catártico que le imprimiera el autor, proceso que le llevó a purificar su disciplina estética, como él mismo confiesa al comienzo de la obra. La página sobre Grecia es una de las más sugerentes o, al menos, así me lo parece, pues el motivo que la inspira es sumamente grato para mí por afición y por oficio. Un poderoso atractivo encuentro, además, en la sonoridad del lenguaje, pues no en balde el texto en cuestión forma parte del segundo apartado de la obra, el que lleva por lema «El milagro musical», expresión alusiva a la naturaleza puramente melódica que Valle-Inclán atribuía a las palabras, más allá de su carga conceptual y semántica<sup>2</sup>. En efecto, es una orquestación verbal bellísima, en la que resuena hecha canto el aura inefable de la Hélade, la que en un primer momento fascina; pero a nada que se emprenda un sencillo ejercicio de hermenéutica, se empiezan a descifrar las claves de un mensaje

---

1. R. del Valle-Inclán, *La Lámpara Maravillosa* (Ejercicios espirituales), 1960.

2. *Ibid.* 44 ss. 45 ss. 62, 66.

cultural no menos fascinante, al que nos introduce Valle-Inclán con estas palabras:

*«La edad de oro amanecía y los griegos, divinos pastores, contemplaban aún las pálidas estrellas. Era en el silencio de las majadas, sobre las colinas con olivos, entre los perros vigilantes.»*

Tiene este pórtico la grandeza y la solemnidad de un himno homérico, así como también la impronta de sencillo realismo propia de los poemas hesiódicos. Se diría que en un hermoso raptó poético se nos transporta a la *arché* mítica, a aquel principio que vió cómo el cosmos se escindía del caos, pues la mención de la actitud contemplativa ante las pálidas estrellas y la evocación de los orígenes en un ambiente de labranza y pastoreo son ciertamente fórmulas tomadas de viejas fábulas mitológicas alusivas al amanecer de la edad de oro. El comienzo del relato valleinclinésco nos sitúa, por tanto, en un plano de lejana perspectiva, desde el que se llega a intuir a los griegos absortos en el trance de la cosmogonía.

El párrafo siguiente es continuación lógica del anterior y prelude a la solución para el problema allí planteado. Dice así:

*«Sus almas se revelaron con la aurora; aquellos cabreiros tenían los ojos soberanos de las águilas y todas sus intuiciones las arrancaron a la celeste entraña del Sol.»*

La sucesión de símbolos condensa un mensaje cifrado en la luz de la revelación, que al decir de los griegos es epifanía. Nótese, en primer lugar, la mención explícita al principio y al final del párrafo de la aurora y del sol, Eos y Helios, dos de las más importantes divinidades del mundo de la luz. A Eos, la aurora, nadie la ha definido ni descrito con la plasticidad y precisión que lo hizo Homero -«la de rosados dedos»<sup>3</sup>- ni ha vuelto a ser representada con la majestuosidad corpórea que le imprimió el arte helenístico en el famoso friso del Altar de Pérgamo, heraldo de

3. *Il.* XXIV, 788. Cf. XXIII, 109.

Helios, al que se la asocia<sup>4</sup>. Por su parte, el sol era para los griegos una divinidad astral, Helios «infatigable» lo llama Homero<sup>5</sup>, pues sin descanso recorre de extremo a extremo la corriente del Océano, sucediéndose así los días y las noches. Pero es en virtud de su esplendor luminoso y de su naturaleza radiante como Helios conecta en sentido espiritual con uno de los más grandes dioses del Olimpo, Apolo. El sobrenombre Febo, que con frecuencia es el que en exclusiva designa a Apolo, significa resplandeciente y alude a la pureza lumínica de su imagen<sup>6</sup>, a aquella esencia esplendente que Winckelmann exaltara en el Apolo del Belvedere<sup>7</sup>.

Conviene recordar, no obstante, que del más griego de los dioses la Grecia clásica tuvo una imagen bien distinta, más severa, cual es la que refleja el Apolo del frontón occidental del Templo de Zeus en Olimpia<sup>8</sup>. Hacia él hemos de dirigir la mirada, para ver irradiar en todo su esplendor el ideal apolíneo y para entender hasta qué punto éste queda nimbado por el fulgor de la mirada del dios. Tan penetrante y certera llega a ser esa mirada, que conoce hasta lo más profundo del acontecer, a diferencia de lo que les ocurre a los humanos, quienes, incluso los más sagaces, sólo atisban la superficie de lo que acontece. Se explica así que Apolo sea el dios de la mántica, que posea el don de la adivinación profética y que rija la actividad oracular. A partir de esta faceta podemos enlazar con aquellas intuiciones que, al decir de Valle-Inclán, los griegos «arrancaron a la celeste entraña del Sol». Afloran en esta idea las formas más conspicuas de la creación intelectual, entre las cuales, la música y la poesía, protegidas y cultivadas con extrema perfección por el propio Apolo. Para lograr tan sublimes adquisiciones, Valle-Inclán hace contar a los griegos con «los ojos soberanos de las águilas», lo que viene a significar que los hace remontar el vuelo y uno piensa que hasta las cumbres mismas del Helicón, el monte sagrado en el que moran Apolo y las Musas.

4. E. Rohde, *Pergamon. Burgberg und Altar*, 1976, 41, fig. 25.

5. II. XVIII, 239.

6. W. Otto, *Los dioses de Grecia*, 1973, 52 ss., 65. E. Simon, *Die Götter der Griechen*, 1969, 130 ss.

7. J.J. Winckelmann, *Historia del Arte en la Antigüedad* (1764), 1989, 481 ss.

8. Excelentes fotografías en W. Hege, G. Rodenwaldt, *Olympia*, 1936, 36 ss., láms. 43-48. Puesta al día y referencia bibliográfica en H.-V. Herrmann, *Olympia. Heiligtum und Wettkampfstätte*, 1972, 133 ss., 213.

En última instancia y todavía más alto ubicaron los griegos a los progenitores de las Musas, Zeus y Mnemosyne, fuente última de todo conocimiento e inspiración, representado Zeus por el águila.

La palabra de Valle-Inclán se remansa seguidamente y se recrea en una descripción naturalista en la que evoca el medio en que se desarrolló el hombre griego. Y lo describe así:

*«Los bosques de sagrados senderos, los arroyos claros, las grutas de donde vuelan en los ocasos los pájaros de largas alas, la sombra de los laureles, las playas lejanas y doradas, con el mar azul, fueron los pobladores de sus almas.»*

No sé cómo se habría tomado Aristóteles, tras un ingente trabajo para componer el primer gran tratado sobre física, es decir, sobre fenómenos de la naturaleza *-fysis-*, que a Valle-Inclán le bastara una compilación tan sucinta y poética, para evocar en parte lo mismo. La verdad es que las pretensiones de este último nada tienen que ver con el admirable sistema taxonómico desarrollado en la obra aristotélica; lo que aquí se nos ofrece no pasa de ser un pergeño para traer a colación el problema de la integración del hombre en su ambiente natural, de la fusión con el medio en que vive. Me apresuro a hacer una salvedad y es que, aun cuando campesino y marinero, el griego fue por vocación y convicción hombre de ágora y *polis* y este es el medio por excelencia de la cultura griega. Pero al mirar hacia fuera, lo primero que descubre es el escenario natural del paisaje, con el que se identificó plenamente y al que nunca agredió. La mejor prueba de esta actitud respetuosa es el carácter siempre integrador de la arquitectura griega, concebidos los edificios como parte del entorno en el que se alzan *-piénsese en los grandes santuarios, por ejemplo-*, de donde, entre otras razones, el carácter escultórico de los volúmenes arquitectónicos en la antigua Grecia. Por lo mismo los altares siempre estuvieron al aire libre, de suerte que sacrificios, ofrendas y libaciones en honor de los dioses se hacían a plena luz, en pleno contacto con la naturaleza. En este sentido menciona Pausanias como hecho notable, en pleno siglo II d.C., que la plataforma del altar situado ante el templo de Zeus en Olimpia se hubiera formado con

las cenizas de víctimas allí acumuladas durante siglos hasta una altura de 6'50 metros, cenizas convenientemente purificadas y apelmazadas una vez al año con aguas del río Alfeo<sup>9</sup>. ¿Y cómo no recordar que la observación de la naturaleza fue germen del pensamiento filosófico griego, la gran deuda que el hombre actual sigue teniendo contraída con Grecia? Entiendo que Valle-Inclán rinde digno homenaje a sus creadores, cuando convierte a los fenómenos y elementos de la naturaleza en «pobladores de sus almas».

Llegamos ahora a la parte más densa de la página valleinclanesca, la más honda y rica en ideas, como bien muestran estas frases:

*«Con ojos maravillados bajo la luz, recibían todas las imágenes como especies eucarísticas, y eran tantas y tan diversas las imágenes, que en ellas se cifraban las normas de todo el conocimiento. El sentir de los griegos fue hijo del mar y del cielo, de las colinas con olivares y viñedos, y de las serranías con rebaños, de los bosques con genios y de la lujuria de las formas. La varia emoción que iban devanando los ojos por los agrios caminos dio agilidad a los cuerpos y a las mentes».*

Tres novedades advierto en estas frases, sustanciales ciertamente, porque a través de ellas podemos atisbar, aunque sólo sea de paso, el universo maravilloso creado por Platón. Me ceñiré a llamar la atención sobre cuestiones que me parecen cruciales y que me atrevo a calificar de constelaciones en el universo del pensamiento platónico. La primera viene dada por la mención de las imágenes recibidas como especies eucarísticas. Imagen es apariencia, algo que nos mantiene en el plano de lo formal y concreto; apariencias, en cambio, es algo abstracto y nos conduce al plano del concepto, o sea, a lo que Platón llamó idea. Por su parte el predicado «eucarísticas» quiere significar gratuitas y gratificantes, algo en todo caso a lo que es inherente la *charis*, la gracia. Nada tiene pues de extraño que en ese alud de imágenes, apariencias, ideas nimbadas de gracia se cifraran las normas del

9. Paus. V, 13, 8 ss. Herrmann, *op. cit.*, 67 ss.

conocimiento, la segunda cuestión que nos interesa aquí. Norma es canon, la esencia de lo griego. El término se ha popularizado especialmente en el argot artístico, en homenaje al más célebre de los recordados, el canon de Policleto, plasmado en su famoso Doríforo; pero hubo otros antes y después y los hubo en otros ámbitos de la vida y de la cultura griega, como el religioso y, por supuesto, el filosófico. Recuérdese sencillamente el *métron áriston* -«la medida es lo óptimo»- entre las múltiples sentencias acuñadas por los siete sabios y expuestas en el santuario de Apolo en Delfos. Fue ese sentido de la medida revestido de gracia y belleza, el que elevó el pensamiento griego a cimas inalcanzables. Platón es probablemente su más excelso representante, no sólo porque discorra con idéntica sabiduría y hondura por los diversos planos y ramificaciones de lo *noético*, sino porque al hacerlo deja la estela de un estilo sin par en cuanto a claridad y pulcritud literaria. Ambas cualidades se transparentan especialmente, cuando el tema tratado es la percepción, bien intelectual, bien sensorial, tercera cuestión suscitada por el texto de Valle-Inclán en relación con el sentir y con la emoción que presta agilidad a los cuerpos y a las mentes. Como es fácil adivinar, la cuestión es trascendental por cuanto contiene la médula de la estética, uno de los saberes esenciales reconocido como tal a lo largo de la historia del pensamiento y de la cultura, cuyo punto de partida firme es Platón.

Prosigue Valle-Inclán sobre los griegos:

*«No recibían el conocimiento del mundo como una herencia fría en la urna de las palabras, manera de entender siempre larga, oscura, cronológica y crasa. Para aquellos pastores las ideas significaban números y formas bajo el ritmo del Sol. Cuando se reposaban en las alturas mirando al fondo de los valles arados, verdes, intensos, experimentaban la emoción mística de la suma.»*

Números, ritmo, mística. Henos aquí ante la esencia de los misterios griegos, de la religiosidad iniciática tal y como se practicaba en Eleusis, en los cultos dionisiacos y en el ámbito de los movimientos filosófico-religiosos como el pitagorismo y



el orfismo. Sin entrar a fondo en una de las facetas más sorprendentes de la religión griega, por no ser ésta la ocasión, merece la pena recordar que las religiones místicas mostraron un horizonte de bienaventuranza, de creencia en una vida futura más justa que la presente y de salvación liberadora para los iniciados. Si bien es cierto que los griegos desconfiaron siempre de lo que no fuera la religión olímpica, no lo es menos que los misterios y movimientos afines tuvieron gran aceptación en una sociedad espiritualmente inquieta, como fue por excelencia la ateniense, de donde la popularidad de Démeter y Core, las diosas eleusinas, en Atenas<sup>10</sup>.

En este mismo orden de cosas, pero dentro del ámbito de la filosofía presocrática, Pitágoras y los pitagóricos representan el punto en el que la sutileza filosófica se depura hasta la abstracción matemática y armoniza con una espiritualidad religiosa purificadora y salvadora<sup>11</sup>. Por no alargarme y por tratarse de un aspecto conocido de la cuestión, paso sobre el alcance de ideas como cadencia, pauta, medida acompasada, subyacentes en los términos «número» *-arithmós-* y «ritmo» *-rythmós-*, consustanciales ambos a cualquier manifestación del espíritu griego, pero dotados de especial trascendencia y originalidad en el planteamiento pitagórico.

Ascetismo, reencarnación, transmigración de las almas, poder catártico de la música y del canto son algunas de las creencias compartidas por pitagóricos y órficos, secta esta última fundada por Orfeo, músico y cantor, cuya conmovedora historia hizo revivir, trasladándola con fidelidad y sensibilidad al ambiente del carnaval de Río de Janeiro, el director de cine francés Marcel Camus en su película *Orfeo Negro* (1959). Con los órficos toma carta de naturaleza una mentalidad religiosa basada en las ideas de culpa, castigo, expiación y recompensa póstuma para los iniciados<sup>12</sup>; de esa mentalidad se hizo eco el arte, que se llena de representaciones del Hades y de sus desgraciados moradores, para provocar la compasión y el temor a castigos desesperantes por

10. M.P. Nilsson, *Historia de la religión griega*, 1961, 262 ss. E. Simon, *op. cit.* 91 ss.

11. *De Tales a Demócrito. Fragmentos presocráticos* (a cargo de A. Bernabé), 1988, 69 ss.

12. W.K.C. Guthrie, *Orfeo y la religión griega*, 1970.

interminables, entre los cuales, remontar una enorme piedra hasta la cima de una montaña, para que al alcanzarla rueda y haya que recomenzar la tarea; o bien, acarrear agua en vasijas rotas, por las que aquélla se va; y otros, en fin, inspirados en viejas supersticiones populares, temibles siempre. Desgraciadamente, una famosísima pintura mural, obra del gran Polignoto, con la representación del descenso de Odiseo al Hades se ha perdido; pero quedan ecos en la decoración de la pintura de vasos y, sobre todo, en la descripción de Pausanias (X, 31, 9, 11), que alcanzó a verla en Delfos. Sísifo, Tántalo, Titio, Ixión eran los más famosos entre los condenados a castigos como los citados, mitos, por otra parte, reelaborados por la gran literatura contemporánea, como es sobradamente sabido, pues su contenido humano es inagotable.

Tan intenso y duradero llegó a ser el influjo del orfismo, que no sólo tiñe el pensamiento de Platón y Aristóteles, sino que sigue vivo en época tardía.

Las conexiones existentes entre el mundo religioso de los misterios y los movimientos filosófico-religiosos vinculados a él contribuyeron a que el ideal de moderación y templanza -*sofrosyne*- impregnara la mentalidad y el pensamiento griegos especialmente durante los siglos VI-V a.C.; pero eso no fue todo, sin embargo. Hubo también lo opuesto y Valle-Inclán lo presenta de esta manera:

*«Aquellos pastores arcádicos gozaron el éxtasis panida desde las crestas donde trisca el macho cabrío. Lo que habían aprendido de una manera semoviente era gozado en quietud. El conocer cronológico se hacía estático, y las almas se despojaban de la memoria como de la tela del tiempo, para aprender por el divino camino del Sol».*

Por medio de la relación entre el éxtasis, el dios Pan -«éxtasis panida»- y el macho cabrío Valle-Inclán hace irrumpir a Diónysos, sin nombrarlo, en aquella feliz Arcadia. Suele el vulgo identificar exclusiva y banalmente los misterios dionisiacos con el vino y la orgía, haciendo caso omiso del cometido de liberación y salvación que Diónysos asumió entre los dioses olím-

picos<sup>13</sup>. Imposible soslayar a Nietzsche, llegados a este punto, sobre todo, para salir al paso de otra reducción simplista -«lo apolíneo y lo dionisiaco» en este caso-, totalmente vacua, cuando se la utiliza como mera exhibición retórica. Si se quiere tomar esa expresión como síntesis del debate suscitado por Nietzsche en su conocido ensayo sobre el origen de la tragedia<sup>14</sup>, se debe hacer justicia y reconocer que el fundamento del mismo es la relación entre naturaleza y cultura, enfrentamiento latente ya en el pensamiento presocrático y simbolizado por el conflicto que origina la irrupción impetuosa e irrefrenable de Dionysos en un mundo controlado por el orden y la medida de Apolo. Como es sabido, el asunto en sí ha tenido ocupados a notables pensadores del mundo occidental y desde un punto de vista histórico tal vez lo más interesante sea observar las oscilaciones hacia uno u otro extremo, interesantes y útiles para definir una época. Raramente se ha alcanzado un equilibrio, del que nuestra época en concreto parece distar, tema que nos llevaría lejos, pero que nos distanciaría del comentario de Valle-Inclán sobre el éxtasis panida. Nos lo refiere como gozo en quietud, detención del conocer cronológico, privación de la memoria, experiencias, en fin, más afines a la mística moderna que a los misterios antiguos. Quien quisiera saciar su curiosidad a este respecto, emprenda la lectura de *Las Bacantes* de Eurípides, maravilloso estudio de la *manía*, esto es, de la locura o furor extático que posee a los iniciados en los cultos de la orgía dionisiaca, especialmente a las ménades en sus correrías por el Parnaso. A decir verdad, el estado anímico descrito por Valle-Inclán se relacionaría más bien con un ideal de imperturbabilidad -*ataraxía*-, al que los griegos no pretendieron llegar por la vía de la emoción religiosa intimista, sino por la vía de la especulación filosófica racional. El conocimiento de las querellas filosófico-morales de epicúreos y estoicos será revelador para quien desee adentrarse por esta senda.

---

13. H.J. Rose, *A Handbook of greek mythology*, 1965, 149 ss. Simon, *op. cit.*, 269 ss.

14. F. Nietzsche, *El origen de la tragedia en el espíritu de la música* (Estudios sobre Grecia), 1968, 57 ss.

Como si a la salida del éxtasis despertara en otra dimensión, Valle-Inclán establece en el texto una cesura y continua:

*«Fue después, bajo el cielo latino, cuando los poetas, guiados por el hilo de las palabras, tal como sonaban en la pauta griega, quisieron revelar el secreto de un mundo que no sabían ver. Nació entonces el arte bajo el remedo clásico. Pero aquellos hombres míticos, después de arar el pardo regazo de la llanura, de conocer uno a uno sus senderos, como largos relatos, se hacían cetro y conciencia de visión sobre las cumbres».*

La primera parte del párrafo sintetiza prodigiosamente la génesis artística de Roma a la sombra de Grecia. La profundidad del cambio operado con el paso de Grecia a Roma está expresado en la imagen de unos poetas, los latinos, impotentes para «revelar el secreto de un mundo que no sabían ver». Esta incapacidad afecta igualmente al arte, hasta el punto que en las palabras de Valle-Inclán resuena el eco de una idea de Plinio sobre la muerte del arte por agotamiento de la creatividad griega y sobre su posterior renacimiento gracias nuevamente a los artistas griegos, ahora bajo la égida del mecenazgo romano<sup>15</sup>. El aserto de Valle-Inclán «nació entonces el arte bajo el remedo clásico» es resumen de un fenómeno ampliamente estudiado y conocido, que los arqueólogos designan neoaticismo, primera manifestación del clasicismo romano, extensible a la creación literaria. En cuanto a la segunda parte del mismo párrafo, contiene el homenaje y reconocimiento a la grandeza de Roma. Efectivamente, en aquellos hombres míticos entregados a la labranza de la tierra -«el pardo regazo de la llanura»- y a los afanes cotidianos, tras los cuales aún conservaban fuerzas para habérselas con la administración de la República, se reconoce a la vieja aristocracia senatorial, a los *patres*, miembros de una élite, sobre la que recayó el peso y el honor de cimentar la gloria de Roma. El tomar «cetro y conciencia de visión sobre las cumbres», en palabras de Valle-Inclán, equivalió a elevar la cultura grecorromana a la categoría de cultura universal; y no deja de ser notable que

15. Plin. *N.H.* XXXIV, 51-52. R. Bianchi Bandinelli, *Introducción a la Arqueología*, 1982, 91 ss.

fuera un griego, el historiador Polibio, el más brillante exégeta de la obra civilizadora de Roma, como señala A. Díaz Tejera<sup>16</sup>.

Concluye así la página de Valle-Inclán sobre Grecia:

*«Y cada noche estrellada, reunidos en torno de las hogueras, sintiendo el vaho de los rebaños dormidos, era el goce de recordar las imágenes del día, y hacerlas revivir en el relato de los más ancianos. Y fue un ciego cantor, para quien la noche parecía eterna, quien primero en la música de las palabras hizo arder la corona del Sol».*

La vuelta a los pastores, a los rebaños, a las noches estrelladas representa la vuelta a la edad de oro, es decir, a cerrar el ciclo como empezara. La última palabra del canto a Grecia de Valle-Inclán es para «un ciego cantor», el que lo es por antonomasia -Homero-, al que dedica igualmente la glosa o máxima final, que dice: «El padre Homero pudo llamar a sus versos con un nombre de flor: helio-tropos». La sencillez del símil no oculta, sin embargo, el más grandioso homenaje que los griegos concedían a sus héroes, la apoteosis, pues eso dan a entender los versos como heliotropos, como «corona del Sol».

Hay en el Museo Británico un precioso relieve helenístico conocido como «La apoteosis de Homero», que inevitablemente tiende a relacionar con este pasaje. Se trata de una alegoría conmemorativa del triunfo de un poeta en un certamen, de donde la presencia de Zeus, Mnemosyne, Apolo y el coro de Musas, las fuentes del conocimiento superior y de la inspiración poética, como ya he dicho. El registro inferior del relieve recalca la grandeza del poeta y de su obra creadora nada menos que con la representación de la apoteosis de Homero. Lo que llama la atención es que la secuencia de imágenes literarias plasmada por Valle-Inclán en la página sobre Grecia apoye básicamente en las mismas ideas o motivos utilizados a finales del siglo III a.C. por el escultor Archelaos de Priene, autor del relieve del Museo Británico. Se representa en él a Homero entronizado como Zeus,

16. A. Díaz Tejera, *Polibio. Historias*, 1972. Cf. además las introducciones de Díaz Tejera a los volúmenes con la traducción y comentarios a la obra de Polibio publicados desde 1982.

flanqueado por sus dos criaturas, Iliada y Odisea, en actitud de recibir el homenaje que le rinden las personificaciones de las ideas o conceptos que hemos desgranado en el texto de Valle-Inclán. Allí se dan cita, de hecho, el Mito y la Historia; la Poesía, la Tragedia y la Comedia, reconocibles por sus atributos distintivos; la Naturaleza y las virtudes morales, *Areté* (la excelencia), *Mnemé* (la memoria), *Pístis* (la confianza) y *Sofía* (la sabiduría). Homero es coronado por *Cronos* (el tiempo) y *Ecumene* (el mundo habitado), a los que prestan sus rasgos fisiognómicos Ptolomeo IV Filopator y Arsinoe III, la pareja real que mandó construir el *Homereion* de Alejandría, un santuario dedicado al culto de Homero, en el que transcurre la escena descrita<sup>17</sup>.

¿Tiene sentido buscar un asomo de afinidad entre cosas tan dispares en cuanto a naturaleza y tiempo y cómo explicarlo hoy? Con la respuesta a estas preguntas termino.

A mi entender la coincidencia no es casual ni presupone conocimiento del original helenístico por parte de Valle-Inclán; sí de la idea que la historia y la literatura tejieron y nos legaron sobre la Grecia Clásica a partir de época helenística y esto es lo más importante desde el punto de vista de la Historia de la Cultura, que es lo que me interesa. En este sentido entiendo que el mínimo rigor científico exige decir, al margen de la maravilla literaria que es la página de Valle-Inclán, que la Grecia antigua no fue el cuadro ideal ahí pergeñado ni en ella se respiraba la estilización poética de la atmósfera valleinclanesca. Fue todo más realista, más humano y, en cuanto tal, plagado también de sombras y flaquezas. Lo admirable es que éstas palidieran al lado de los valores superiores, ideales, cultivados por los griegos en grado sumo a lo largo de su historia. La capacidad de reacción, el afán de superación y, sobre todo, la confianza en el hombre<sup>18</sup>, en sus recursos físicos, intelectuales y morales les hizo adquirir conciencia de que el juicio que se merecieran a sí mismos determinaría el de la Historia y eso es lo que los llevó a aparecer ya entre sus contemporáneos como arquetipo y a que la posteridad los idealizara.

17. J.J. Pollit, *El arte helenístico*, 1989, 44 ss. fig. 4.

18. Cf. J. Ortega y Gasset, *Obras I*, 1946, 196 ss.

La causa de la afinidad que antes hemos establecido es, pues, el proceso de idealización a que ha sido sometida la antigua Grecia desde la Baja Antigüedad hasta nuestros días, del que Valle-Inclán nos ofrece una manifestación típica tanto por lo que se refiere a su concepción idealizante del mundo clásico como a la brillantez de su estilo literario.

Consecuencia de todo ello es que para el hombre de hoy la Antigüedad Clásica se vea como encerrada en una vitrina, inalcanzable, inmóvil e intocable; se la admira porque es obligado, pero no se intenta comprenderla. En contra de lo que se pueda pensar, quebrar la superficie acristalada tras la que sigue viva y vital la Antigüedad no es en absoluto difícil. Bastaría una dosis mínima de la curiosidad insaciable que animó a los griegos, para que cada cual a su modo empezara a recuperarla. Desde aquí aseguro que nadie quedaría defraudado.

Con esto termino y agradezco a todos su atención. Muchas gracias.